

sostiene que en el campo es muy difícil hacer campañas en persona (en contraposición a los medios de comunicación masivos), por lo que las élites rurales se convierten en “líderes de opinión” para los que buscan pistas que les indiquen cómo emitir un voto. Sin embargo, Kurtz se basa exclusivamente en datos agregados para elaborar su caso. Su argumento pide a gritos evidencia individual que pueda demostrar que los campesinos en realidad sienten que deben votar por los partidos conservadores porque las élites económicas locales insisten en que así lo hagan. De seguro que los datos mostrarán si los campesinos más desconectados –los que no participan en organizaciones políticas o de otro tipo– también son los que están más inclinados a votar por la derecha o, en México, por el PRI. Desde luego, no hay mucha evidencia de este tipo, pero al menos en el caso mexicano, la Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas (ENCUP) puede ofrecer alguna posibilidad para explorar estos temas críticos.

La exploración que Kurtz hace de las bases sociales de la democracia de libre mercado tiene la valiosa función de sacar la disciplina del análisis institucional, recordándonos que las consecuencias sociales, que tal vez no sean previstas por los cambios en las políticas, pueden ser tan importantes como el marco institucional. Al mismo tiempo, nos recuerda que los ajustes

estructurales, incluso en países donde parecen haber sido exitosos, siempre imponen una carga de ajuste. Los que llevan esta carga suelen ser los que más fácilmente pueden desaparecer de nuestra vista porque no pueden gritar que han sido tratados injustamente.

.....
*¿Democratización vía federalismo?
 El Partido Acción Nacional, 1939-2000:
 La historia de una estrategia difícil,*
 por Alonso Lujambio, México,
 Fundación Rafael Preciado
 Hernández, A.C., 2006, 112 p.

*Mexico's New Politics. The PAN and
 Democratic Change*, por David A. Shirk,
 Boulder y Londres, Lynne Rienner
 Publishers, 2005, 280 p.

Soledad Loaeza
 El Colegio de México

La literatura sobre partidos políticos en México ha crecido en forma notable en los últimos diez años. El interés que ha despertado el tema entre investigadores y expertos mexicanos y extranjeros es prueba de la importancia que han adquirido como vías de organización de la competencia por el poder y de la participación, de su contribución a la integración de los órganos de gobierno; los partidos políticos son también canales representativos de demandas sociales y agentes de re-

clutamiento de un nuevo personal político. Su importancia es resultado de un largo proceso de cambio. De hecho, desde la primera mitad de los años ochenta la vía partidista se impuso como clave de la democratización mexicana. Hasta cierto punto, la transformación del sistema de partido hegemónico en un sistema pluripartidista ocurrió dentro de un patrón de continuidad del reformismo mexicano característico de la historia política del siglo XX. De ahí la relevancia de que conozcamos mejor a estas organizaciones porque a través de ellas, podemos recuperar un capítulo central del pasado reciente.

A diferencia de lo que ocurría en el pasado cuando la atención se concentraba en el PRI, ahora los lectores interesados cuentan con una amplia bibliografía de libros y artículos sobre los otros dos grandes partidos que se han desarrollado al ritmo de la democratización: el Partido Acción Nacional y el Partido de la Revolución Democrática. Los libros que aquí se comentan miran al Partido de Acción Nacional en este contexto, si bien el libro de Lujambio ofrece una visión rápida, pero de largo plazo del desarrollo del partido desde el punto de vista de su estrategia de crecimiento: a partir de la conquista del municipio.

Las investigaciones, los ensayos y los comentarios sobre Acción Nacional, un partido que se fundó en 1939, pero que durante las décadas anterio-

res a los ochenta rara vez mereció la atención de polítólogos o historiadores, se han multiplicado por razones obvias: el crecimiento electoral que se inició después de la expropiación de la banca que decretó José López Portillo en septiembre de 1982. Sin embargo, hay que hacer notar que el tono de los análisis ha variado. Primero, la ampliación de la influencia del PAN no fue recibida con el beneplácito y el entusiasmo con que se recibe el surgimiento de un agente de democratización o como se esperaba la victoria de Vicente Fox en el 2000. El interés que inicialmente despertó el fortalecimiento del PAN entre académicos y periodistas –a excepción de los estadounidenses que siempre lo han mirado con simpatía– obedecía a uno de esos oscuros temores que laten en la conciencia de muchos mexicanos: el triunfo de la derecha. Es cierto que la decisión de López Portillo en 1982 provocó una viva reacción anti estatista en algunas franjas de las clases medias urbanas que cristalizó en actitudes y propuestas afines a las del partido republicano en Estados Unidos. Esta respuesta estuvo mejor articulada en estados del norte del país que eran también los más desarrollados. La alianza entre empresarios medios y el PAN provocó inquietud y en algunos casos curiosidad pero nunca exenta de un dosis variable de alarma. La imagen de Acción Nacional como agente de democratización se ha construido en los últimos

diez años, que coinciden con el aumento de sus conquistas electorales, su afianzamiento como un actor central de la vida política y con la proliferación de gobiernos panistas por todo el país. Esta historia reciente ha propiciado la formación de un experiencia particular que comparte rasgos con el Partido Popular español o, nuevamente, con el conservadurismo estadounidense pero mantiene una identidad propia. Los libros que aquí se comentan están dedicados a examinar la trayectoria y los cambios que ha experimentado el PAN a lo largo de su historia, si bien Shirk ocupa más de la mitad de su libro en la narración del ascenso de Vicente Fox, así como al desempeño del PAN en los gobiernos locales.

El ensayo de Alonso Lujambio, *¿Democratización vía federalismo?*² es la reedición de un pequeño y en su momento novedoso trabajo que mira al desarrollo de Acción Nacional desde la perspectiva de una estrategia de crecimiento que tomó como punto de partida el municipio. El libro de Shirk es un proyecto más ambicioso que pretende responder a muchas preguntas y desarrollar varias hipótesis a la vez. El objetivo enunciado es examinar la evolución del PAN a través de la reconstrucción de la competencia de grupos en el interior del partido, y de la discusión de las corrientes filosóficas en el seno de la organización. Sin embargo, y a diferencia de Lujambio que parte de un enfoque original y cuyo argumento

se sostiene en un hilo conductor claro e invariable, Shirk trata en forma muy superficial el tema de las facciones y de las diferencias filosóficas en el interior del PAN, y dispersa su atención en la narración de la campaña electoral de Vicente Fox, la descripción de un liderazgo político que le fascina, la evaluación del desempeño del PAN en los gobiernos locales, que hubiera ameritado más cuidado, y también discute la democratización mexicana. Demasiados objetivos para el material de investigación de que disponía el autor.

Shirk retoma por lo menos dos de las propuestas de Lujambio, ambas originales e interesantes. La primera de ellas fue presentada por el propio Lujambio en 1996, y se refiere a la estrategia municipalista de crecimiento que adoptó Acción Nacional desde los años cuarenta, una vez que había enfrentado la firme determinación del partido en el poder de construir una amplia hegemonía nacional, uno de cuyos pilares sería la representación federal. Es decir, para 1949, después de la derrota de Antonio L. Rodríguez en las elecciones para gobernador de Nuevo León, los panistas tuvieron que plegarse a fines inmediatos más modestos: gobernar municipios; aunque su tirada de largo plazo fuera mucho más ambiciosa: “mover las almas”, o transformar la cultura política, que es, inevitablemente, un objetivo de largo plazo. La segunda hipótesis de Lujambio, que Shirk también retoma y

trata de extender, es que la propuesta municipalista del fundador del partido Manuel Gómez Morin se inspiró en “el liberalismo y el pensamiento de los ideólogos de la *Era Progresista* estadounidense”. Una observación que Shirk intenta llevar hasta nuestros días tratando de subrayar la americanización de la vida política mexicana.

En apoyo de sus hipótesis, Lujambio recurre a varios textos de Gómez Morin en los que destaca los componentes liberales que pueden encontrarse en las posiciones que mantenía en los años veinte. No obstante, y por convincente que pueda parecer su argumento, lo cierto es que para 1939, año de fundación de Acción Nacional, el liberalismo estaba en crisis en todo el mundo y las tesis corporativistas de origen católico de Efraín González Luna se impusieron al ideario gomezmoriniano. En este respecto habría que destacar la influencia en Gómez Morin del pensamiento católico francés que proponía una visión corporativizada y orgánica de la sociedad, y que era patente en el momento de fundación de Acción Nacional. Basta mirar a la estructura original del partido, cuya célula de base es, por cierto, el municipio. De hecho la evolución del pensamiento de Gómez Morin desde el liberalismo hasta el corporativismo –un patrón bastante extendido por el mundo al iniciarse la segunda guerra mundial– puede rastrearse en sus posiciones en relación con diversos

temas, incluida la organización del PAN, como ya se mencionó.

Lujambio ofrece también un recuento inteligente y ordenado de la estrategia de crecimiento desde el municipio, aunque en más de un caso al lector le asalta la duda respecto a si de verdad esta forma de crecimiento de la periferia al centro fue producto de una estrategia o simplemente el resultado de oportunidades que surgieron de manera fortuita en el ámbito local. Por otra parte, Lujambio no se plantea una pregunta obvia: ¿qué explica que Acción Nacional tuviera éxito antes en los municipios pobres de Oaxaca, Jalisco y Michoacán, que en los de estados más desarrollados? Es decir, Lujambio olvida distinguir las razones de la presencia de Acción Nacional en ciertas regiones del país, ellas mismas muy distintas entre sí. No obstante la ausencia de una evaluación de la trayectoria del pensamiento de Gómez Morin, el ensayo de Lujambio contiene información sistematizada y normalmente muy difícil de encontrar a propósito de los gobiernos municipales de Acción Nacional.

Para un lector que conoce la historia del PAN la lectura de la primera parte del libro de Shirk resulta difícil, en primer lugar porque el autor sostiene que su trabajo es por completo original y que también aporta enfoques novedosos. Sin embargo, su análisis de los gobiernos locales panistas tiene muchos precedentes. Primeramente, el trabajo de Lujambio antes menciona-

do, pero bastaría recordar los trabajos de Jorge Alonso que no figuran en su bibliografía, pioneros en el análisis de la política local, o los trabajos de Tania Hernández o de Tonatiúh Guillén realizados en el Colegio de la Frontera Norte sobre el tema hace más de quince años.¹ Tampoco es original el análisis de la trayectoria de Acción Nacional a partir de su historia intelectual o del examen de los conflictos internos. En los años noventa los estudios a propósito de las pugnas entre “panistas tradicionales” y “neopanistas” dominaron la literatura sobre Acción Nacional, de suerte que su afirmación a propósito de que su libro “cubre brechas importantes en la comprensión del PAN” no hace justicia a una buena cantidad de trabajos anteriores que transitaron por esos terrenos en forma muy satisfactoria. Peor aun, Shirk sostiene que su libro hace “un examen exhaustivo del desarrollo organizacional del PAN”. No obstante, a lo largo del trabajo no hay una sola mención a las formas de organización del partido, a los documentos, estatutos o plataformas de doctrina y de gobierno del partido, ni a su evolución. A este respecto hubo varios episodios relevantes que no menciona, por ejemplo, los cambios que introdujo Christlieb Ibarrola en los años sesenta. Dentro del movimiento general que impulsó el Concilio Vaticano II, Christlieb buscó fijar una distancia clara entre política y religión, y al hacerlo, contribuyó a la mo-

derización del partido. Shirk tampoco habla de la plataforma elaborada por Efraín González Morfín a principios de los setenta que contenía propuestas antisistémicas, que llevaban los ecos de la teología de la liberación. Shirk pasa por alto también cómo se alteraron los equilibrios internos de Acción Nacional a raíz de los triunfos en gubernaturas y municipios, y cómo fue necesario en los años noventa reformar los estatutos y la organización del partido para acomodar esos cambios. Si acaso se refiere a esos cambios no los describe, ni los explica, y tampoco los relaciona con el comportamiento o las estrategias del partido.

Más allá de la evidente fascinación que Fox ejerció sobre Shirk, del empeño del autor en argumentar –sin éxito– que Acción Nacional no es un partido conservador, la crítica más severa que puede hacerse es el descuido con que elaboró su trabajo, el cual se refleja en un sinnúmero de inexactitudes históricas: “Durante su mandato Cárdenas (1934-1940) transformó por

¹ Jorge Alonso y Jaime Tamayo, coordinadores, *Eleciones con alternativas: algunas experiencias en la República mexicana*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias/UNAM, 1994; Tonatiúh López, compilador, *Frontera norte: una década de política electoral*, México, El Colegio de México, 1992; Tania Hernández Vicencio, *De la oposición al poder: el PAN en Baja California, 1986-2000*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2001.

completo la naturaleza de la economía de México”, pese a que los historiadores han demostrado una notable continuidad en el proyecto de industrialización que pusieron en pie los gobiernos de la Revolución, como lo ha demostrado ampliamente Enrique Cárdenas, entre otros. Asimismo, como todos los estudiosos de la historia moderna de México saben, es falsa la afirmación de que el modelo de sustitución de importaciones “En México fue el resultado de las fuerzas del mercado y no reflejó una política deliberada de parte del gobierno” (p. 30). El autor también confunde las corrientes internas de Acción Nacional y no reconoce en Adolfo Christlieb Ibarrola al líder que modernizó al partido en 1961-1962 haciéndolo más secular y no más religioso. En cambio le atribuye a José Ángel Conchello un carisma que en su momento pasó desapercibido. Pero además de estas afirmaciones que revelan un notable desconocimiento de la historia del país, la lectura se dificulta por la gran cantidad de errores de hecho. Sirvan algunos botones de muestra: Alejandro Lujambio en lugar de Alonso Lujambio; Ricardo García Cervantes no era diputado por Baja California sino por Coahuila; en los años ochenta Carlos Slim no era un multimillonario comparable a Emilio Azcárraga; Felipe Calderón nunca fue Director de PEMEX sino Secretario de Energía; y Ester Gurría nunca se disputó el liderazgo del PRI con Roberto Ma-

drazo; hay que imaginarse que se refiere a Elba Esther Gordillo.

Ciertamente el libro de Shirk contiene algunos capítulos redimibles. Por ejemplo, la descripción de la campaña de Vicente Fox o de algunos episodios iniciales de su gobierno. Sin embargo, dados los errores y las imprecisiones, lectores más o menos familiarizados con la historia y la política mexicanas recientes mirarán con cierta desconfianza estos apartados. Es posible que una de las razones de la debilidad de este libro sea la que aqueja al trabajo de muchos investigadores jóvenes estadounidenses que han sustituido el análisis y la investigación con las entrevistas personales. El riesgo de este método es que muchas de sus afirmaciones son simples rumores, más que el resultado de un cuidadoso análisis de fuentes primarias. El tiempo transcurrido en la elaboración del trabajo también afecta la consistencia del resultado. Shirk nos dice que empezó esta investigación en 1994, es decir, pasaron diez años hasta la publicación de los resultados. Probablemente esto explica que el autor vaya del entusiasmo que despertó la candidatura foxista, la campaña y los primeros meses en el gobierno a la gran desilusión que causó su ineficacia, que no puede atribuirse del todo a la ausencia de una mayoría del partido del presidente en el Congreso. Llama la atención el cambio de talante del investigador a lo largo de la obra. El libro de Shirk pudo

haberse beneficiado de un riguroso trabajo de edición que hubiera podido salvar algunas de sus deficiencias. También mucho habría ganado el autor si hubiera intentado mirar al sistema político mexicano haciendo a un lado los estereotipos que entorpecen la comprensión de la realidad.

.....
Transición a la democracia en México: competencia partidista y reformas electorales 1977-2003, por Irma Méndez de Hoyos, México, Distribuciones Fontamara-FLACSO, 2006, 316 p.

Matthew R. Cleary
 Syracuse University

Comúnmente se acepta que la transición democrática de México se basa en tres verdades canónicas: que el PRI hegemónico comenzó a tener problemas de legitimidad en la década de 1970; que esta crisis llevó a un extraordinario despliegue de reformas electorales a partir de 1977 que continúan hasta el presente, y que al permitir una competencia electoral libre y justa, estas reformas causaron la transición democrática de México. En *Transición a la democracia en México*, Irma Méndez de Hoyos acepta la primera verdad canónica, y examina críticamente la relación entre la segunda y la tercera. El resultado final es una im-

presiónante obra que compila, por primera vez, una documentación completa de las reformas legales que llevaron a la competencia electoral en combinación con innovadoras medidas empíricas de competencia, en los tres niveles del sistema federal de México. De esta manera, este libro debe servir como una fuente útil para cualquier estudioso o ciudadano interesado en entender los hechos que subyacen a la transformación electoral de México.

Una de las principales innovaciones conceptuales del libro es la lúcida distinción entre competencia y competitividad. Siguiendo a Sartori, la autora explica que la competencia es el grado en que las leyes electorales permiten una competencia multipartidaria justa, mientras que la competitividad es el nivel de competencia que realmente tiene lugar en un momento y sitio dados (pp. 19-20). El vínculo entre las dos puede parecer obvio, pero la profesora Méndez de Hoyos señala atinadamente que en México “no todas las reformas electorales garantizaron una competencia libre y justa” (p. 13). Aun si admitimos que fue la crisis de legitimidad lo que obligó al PRI a aprobar reformas electorales para aumentar la competitividad, también sabemos que muchas reformas buscaban ayudar al PRI a mantener su dominio en la arena electoral. De esta forma, no todas las reformas fueron creadas iguales, y no se puede suponer que una reforma en